

## La visión literaria de los Caballeros Templarios en *El Señor de Bembibre*, de E. Gil y Carrasco

### The Literary Vision of the Knights Templar in *El Señor de Bembibre*, by E. Gil y Carrasco

Montserrat Ribao Pereira  
Universidad de Vigo

#### RESUMEN

El Temple en la novela histórica romántica española no se recrea por su exotismo ni por el atractivo que supone el imaginario que ha ido gestándose en torno a su naturaleza, devenir y desaparición formal en el siglo XIV, sino por su valor metafórico, por su rentabilidad a la hora de conectar el pasado de la historia narrada con el presente extraliterario. Como este trabajo pretende analizar, don Álvaro Yáñez no protagoniza la acción de la novela de E. Gil y Carrasco por ser *El señor de Bembibre*, sino que genera el conflicto de la misma por su cercanía y posterior adscripción a la Orden del Temple.

**Palabras Clave:** Gil y Carrasco, *señor de Bembibre*, novela histórica, templarios, romanticismo.

#### ABSTRACT

Templars in Spanish Romantic historical novels are not traditionally represented either on the basis of their exoticism or due to the appeal of an imagery that derives from its nature, development and final formal disappearance in the 14<sup>th</sup> century. Rather, what makes them relevant is their metaphorical value and the fact that they allow for a convenient connection between a narrative of the past and the extra-literary present. Thus, as the paper argues, Don Álvaro Yáñez does not become the protagonist of the action in E. Gil y Carrasco's novel because of his being *El señor de Bembibre*, instead, the conflict of the novel is generated because of the main character's closeness to the Order of the Templars which he eventually joins.

**Key words:** Gil y Carrasco, *señor de Bembibre*, historical novel, Templars, Romanticism.

La presencia de lo templario en la narrativa actual, asociada al misterio, a la cábala, a sociedades secretas y a tramas policíacas en mayor o menor grado relacionadas con el pasado que intenta reconstruirse, poco tiene que ver con el sentido que el romanticismo confiere a la reconstrucción de la Edad Media y, en el seno de la misma, a la evocación de episodios concretos y

recurrentes, como las guerras en Tierra Santa, la Reconquista hispana, las diferentes crisis monárquicas que se suceden siglo tras siglo o los conflictos protagonizados por órdenes militares.

El Temple en la novela histórica (y concretamente en la novela histórica romántica española, a la que me voy a referir) no se recrea por su exotismo ni por el atractivo que supone, para un lector alejado cronológica y referencialmente de sus símbolos, el imaginario que ha ido gestándose en torno a su naturaleza, devenir y desaparición formal en el siglo XIV, sino por su valor metafórico, por su rentabilidad a la hora de conectar el pasado de la historia narrada con el presente extraliterario y —en el caso concreto de *El señor de Bembibre*— por su relación con el ayer personal e íntimo del escritor, que reivindica en los templarios de El Bierzo la gloria de unos ideales pasados que perviven sublimados en la belleza natural de un entorno que Gil y Carrasco conoce muy bien<sup>1</sup>.

El autor, que llega a Madrid en 1836, se da a conocer literariamente con versos inspirados por el paisaje de su tierra natal<sup>2</sup>. Algunas de sus obras, relacionadas estrechamente con el título que nos ocupa, confieren una extraordinaria pertinencia a la naturaleza berciana y anticipan el protagonismo templario de la novela. Entre ellas cabría destacar el relato *El lago de Carucedo. Tradición popular* (*Semanario Pintoresco Español*, 1840), el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* (*El Sol*, 1843) o los poemas *El Sil* y *Un recuerdo de los Templarios* que evocan la caída en desgracia de los caballeros de la Orden<sup>3</sup>.

*El señor de Bembibre* se publica en Madrid, primero por entregas en el periódico *El Sol. Diario político, religioso, literario e industrial* (entre el 3 de febrero y el 27 de abril de 1843) y en edición ilustrada de Mellado en 1844, dos años antes de la muerte de su autor. De acuerdo con López Criado, ha de leerse en función de los tres mundos imaginarios en que se organiza: el del conflicto personal o amoroso de la pareja, el socio-político del Temple y el universal o físico de la naturaleza (López Criado 1995: 44) o, lo que es lo mismo, en torno al desgraciado destino de Álvaro, señor de Bembibre, y Beatriz de Ossorio, en el marco de las disputas entre Fernando IV y el infante Juan por el trono de Castilla, con la disolución de la Orden Templaria como telón de fondo, y en el Bierzo.

Como ocurre con las novelas románticas, las circunstancias históricas que aparecen como telón de fondo para la acción personal de los protagonistas no

<sup>1</sup> Véase el panorama general que ofrece, en este sentido, O'Byrne Curtis (1990) y Youngahl (2005).

<sup>2</sup> Para las cuestiones relacionadas con la visión de la naturaleza y el paisaje en el autor, especialmente en *El señor de Bembibre*, vid. Rubio Cremades (2011: 89-100). En adelante, cito por la edición de este (1986).

<sup>3</sup> Se han ocupado de estudiar la presencia de la temática templaria en la obra de Gil y Carrasco, entre otros: Picoche (1978), Samuels (1939), Lomba y Pedraja (1915), Bergquist (1997), López Criado (1995).

buscan reproducir la verdad, sino presentar verosímil y justificadamente unos hechos que, en mayor o menor medida, determinan el desarrollo de la trama sentimental paralela, al tiempo que subrayan la dolorosa lucha del individuo con la sociedad, trasunto todo ello, a su vez, del choque entre la realidad y el deseo en que viven inmersos sus autores. El *universo voluntario*, en terminología de Ferreras (2010: 290-291), en que el escritor busca representar esta ruptura del romántico con la realidad circundante es, en el caso de *El señor de Bembibre*, el Bierzo del segundo lustro del siglo XIV<sup>4</sup>, descrito y sentido, no obstante, desde una anacrónica perspectiva decimonónica. El paisaje en que se mueven los nobles, el pueblo y los templarios de la novela es el que conoció el novelista; la naturaleza, que acompaña en su devenir temporal al estado anímico de quienes la habitan, es la del propio Gil y Carrasco, *alter ego* de la doliente Beatriz<sup>5</sup>.

Si bien, como señalaba Azorín en *El paisaje de España visto por los Españoles*, la obra carecía de trazazón lógica y sus personajes no se distinguían por la coherencia de sus caracteres (1964: 16-17), acaso pueda pensarse que estos aspectos son, precisamente, los que demanda un lector de la época<sup>6</sup>, de ahí que, aun con matices<sup>7</sup>, la novela de Gil y Carrasco figure en el canon de la narrativa romántica como buen ejemplo de novela histórica. El cervantino recurso de los diferentes manuscritos y fuentes como orígenes de lo narrado<sup>8</sup>, la huida hacia la Edad Media en busca de paralelismos con el presente extraliterario, la recreación de referentes históricos verosímiles, la división maniquea de los personajes (la lucha del bien contra el mal), las anagnórisis y las apariciones misteriosas, así como determinadas técnicas heredadas de la in-

<sup>4</sup> Reflexiona Beatriz al final de la novela, próxima ya su muerte (ed. cit., 333), sobre el triste derrotero que ha tomado su vida en un solo año. La obra, que empieza y termina en primavera, ocupa, sin embargo, varios años, desde antes de la batalla de Tordehumos, a finales de 1307, hasta después del Concilio de Salamanca, en octubre de 1310.

<sup>5</sup> Explica Gullón (1989: 88) que en 1839 comienza a manifestar E. Gil los primeros síntomas de la tuberculosis pulmonar que ocasionaría su muerte pocos años después. Sobre la novela como autobiografía clínica de su autor, cfr. Sebold (1996). A propósito de los espacios de la novela en relación con las vivencias de Gil y Carrasco *vid.* Vega Sánchez (1991) y Díaz Navarro (2007).

<sup>6</sup> En palabras de Rubio Cremades (2011: 92), «Aventuras y desventuras amorosas de los protagonistas, ambientación medieval, interpretación de la historia de España como si de una aventura se tratara, personajes misteriosos y con un alto concepto del honor serían aspectos que atraían a un determinado lector que prefería, precisamente, estos relatos a los folletines o productos subliterarios de Eugenio Sue».

<sup>7</sup> Sebold (1996: 237-238). A propósito de su lectura crítica de la novela para preparar una de sus clases sobre novela romántica española, señala: «No podía honradamente presentarla como la obra cumbre del género novelístico romántico, porque opino que dista mucho de serlo. Sin embargo, el libro de Gil poseía innegables encantos, verbigracia, el lirismo de sus delicadas descripciones del paisaje del Bierzo» (*idem*).

<sup>8</sup> Explica este aspecto Ríos-Font (1993). A propósito de la influencia de Cervantes en el discurso histórico romántico, *vid.* Mata (1995).

fluencia de W. Scott, como el empleo de objetos de carácter simbólico (la trenza, la cinta, las dos libretas verdes), la presencia de curanderos astrólogos, generalmente de una «raza enemiga»<sup>9</sup> (el médico judío de Juan de Lara), la reaparición del que se creía muerto (el propio Álvaro) o el uso de los disfraces para la huida<sup>10</sup> (los criados del protagonista en las Médulas)..., son algunas de las vertientes de este título que han merecido la atención de la crítica. En las próximas páginas daré cuenta, además, de otro de los aspectos que justifica el interés de esta novela. Me refiero a la cuestión templaria como elemento estructurante de la acción<sup>11</sup>.

#### LA DIALÉCTICA SOBRE LA CUESTIÓN TEMPLARIA: NARRADOR Y PERSONAJES

La temática templaria está de plena actualidad en el siglo XIX. La no siempre exacta *Historia y tragedia de los Templarios* (1813), de Santiago López, o la traducción que José Rangel (a juicio de Moratín en sus *Orígenes del teatro español*) lleva a cabo de la tragedia *Les templiers* (1805) de Raynouard, que se estrena en 1807 en Madrid con Isidoro Máiquez en el papel de Jacobo de Molay, habrían sido leídas por Gil y Carrasco, quien probablemente conocía también la *Historia de los Templarios* de Vicente Joaquín Bastús (1834)<sup>12</sup>. Además, en noviembre y diciembre de 1844 Patricio de la Escosura escribe para *El Laberinto* un artículo en dos partes titulado «Apuntes sobre la supresión de la orden del Temple en la Corona de Aragón» y unos meses antes, en agosto y septiembre, el *Semanario Pintoresco Español* publica un estudio histórico sobre los templarios, trabajos que demuestran el interés por el tema en el mismo año en que ve la luz la edición de *El señor de Bembibre*.

La defensa del Temple en esta novela ha sido estudiada en relación con la encrucijada histórica en que se encuentra España en el primer tercio del siglo XIX<sup>13</sup>. En este sentido, la disolución de la orden en la Península sería el trasunto de las leyes desamortizadoras que, tal y como ha explicado López Criado (1995: 44-45), supondrían la traición del espíritu idealista, próximo a

<sup>9</sup> Recojo las palabras de Zellers (1931).

<sup>10</sup> Sintetiza estos aspectos García González (2005). Sin embargo, no hay unanimidad crítica respecto a la influencia scottiana perceptible en la novela histórica romántica.

<sup>11</sup> El juicio de Menéndez Pelayo (*Los Lunes de El Imparcial*, 10 de marzo, 1907) es muy claro en este sentido: «Así, en *El señor de Bembibre*, novela dignísima de ser citada en primera línea entre las nuestras, el gran drama de la caída de los templarios y la visión imponente del castillo de Cornatel se sobreponen en mucho al interés que sin duda despiertan las cuitas amorosas de don Álvaro y doña Beatriz, tan delicadamente interpretadas por el alma ardiente y soñadora del poeta».

<sup>12</sup> A propósito de las fuentes de la novela, véase, además de la monografía de Picoche (1986), la documentada edición de Rubio Cremades (1986).

<sup>13</sup> Síntesis de todo ello en Rubio Cremades (2008: 39-52).

la ilustración, de las Cortes de Cádiz. Y es que de acuerdo con la hipótesis de Torres Bitter, el Temple sería el refugio último del hombre natural y su destrucción sería «la causa necesaria para la decisiva rehabilitación de la libertad del hombre a través de la promoción —mediante el dolor y la muerte que genera— de la única experiencia liberadora: el sentimiento romántico hacia la naturaleza» (2002: 28).

En efecto, en julio de 1837 entra en vigor la Ley de Desamortización Eclesiástica, responsabilidad del ministro Mendizábal, en virtud de la cual los bienes, rentas y derechos de las comunidades religiosas se nacionalizaban y eran expuestos a subasta pública. Ese mismo año se recrudece el conflicto carlista, que durante seis años (desde la muerte de Fernando VII en 1833 hasta el Convenio de Vergara en 1839) asola el territorio español. No es extraño, por tanto, que los enfrentamientos entre diferentes facciones y la pugna por los poderes político y económico vertebren argumentalmente la novela *de la exclaustación* que Gil y Carrasco redacta desde, al menos, 1841 (Picoche 1978: 113).

El contexto histórico en que se gesta la desaparición de la Orden es la tensión dinástica en Castilla posterior a la muerte del Rey Sabio. El rey Sancho IV había nombrado a su esposa, María de Molina, regente durante la minoría de edad del hijo de ambos, Fernando IV conocido como *El Emplazado*. Los nobles Juan Núñez y Nuño González de Lara se enemistan con la reina y con Fernando y apoyan las pretensiones del infante Juan, quien reclama el reino de León apoyado por la corona de Aragón y por Portugal. Enemigo también de doña María es el infante Enrique, que anhela asumir la regencia. Se conforman de este modo dos bandos enfrentados entre sí y con la corona: Juan y los Lara, por un lado, Enrique y los Haro por otra<sup>14</sup>. En medio de estas disputas sobreviene la persecución templaria. El Concilio de Salamanca, en octubre de 1310, absuelve unánimemente a los Caballeros de Castilla y León de los cargos de que se les acusa, al igual que el de 1312, en Tarragona, a propósito de los aragoneses, pero se deja la resolución final del conflicto en manos del papa. Clemente V decreta, finalmente, la disolución de la Orden en el Concilio de Viena, también en 1312.

El componente histórico de la trama se sustenta, pues, sobre dos ejes que se entrecruzan para generar el conflicto novelesco y determinar su desenlace. El primero de ellos (las disputas intestinas entre partidarios y detractores de Fernando IV, así como las querellas entre los Lara y los Haro) se confunde

<sup>14</sup> Esta temática, en la que los escritores románticos descubren concomitancias con la situación política que afronta España durante la regencia de María Cristina, la minoría de edad de Isabel II y la guerra carlista, resulta de gran rentabilidad propagandística en el teatro. Dos títulos son buen ejemplo de ello: *Doña María de Molina*, de Roca de Togores, y *Don Fernando el Emplazado*, de Bretón de los Herreros, se estrenan con éxito en 1837 y se reponen periódicamente hasta mediados de siglo. Me he ocupado de esta cuestión en Ribao Pereira (2002).

con la cuestión templaria en las personas de don Juan y Lemus, por una banda, Álvaro y Saldaña por otra. A la novela llegan también, en definitiva, los ecos de la persecución de que son objeto los Caballeros en Francia y en otros puntos de Europa y de la Península. La perspectiva desde la que se expone este marco referencial es la del narrador omnisciente, que juzga y valora con respeto al Temple, y la de los propios personajes. Entre ellos, son los criados quienes vuelcan en el texto la disidencia del pueblo con respecto a los Caballeros.

En efecto, las opiniones primeras sobre la Orden se ponen en boca de Millán, quien se hace eco de los rumores que ha escuchado en la feria de Cacabelos. Los lugareños temen a los templarios, saben de la excomunión papal en Francia y la justifican:

Dicen que adoran un gato y le rinden culto como a Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que, por pacto que tienen con el diablo hacen oro, con lo cual están muy ricos (p. 89).

Bien avanzada ya la acción, el maestre y Álvaro se presentan de incógnito en Arganza, ante Beatriz. Mendo, que avisa de su llegada, se refiere a ellos como

[...] dos caballeros, el uno de esos nigrománticos de templarios y el otro no. [...] Ambos traen baja la visera, y el que no es templario viene con armas negras, que parece el mismo enemigo malo (p. 198-199).

Y más adelante, el mismo caballero: «¡Cuidado con fiarse de los templarios que son unos brujos declarados y serán capaces de convertirla [a Beatriz] en rata!» (p. 199).

Martina, la criada de Beatriz, conoce la «superstición común» que genera la animadversión hacia el Temple, si bien su lógica la lleva a pensar que acaso cuanto se cuenta de los Caballeros no sea del todo cierto:

—¿Sabes lo que digo, Millán? —repuso la muchacha—. Es que debe haber mucha mentira en eso de los templarios, porque cuando se ha entrado en la Orden un señor tan cristiano y principal como tu amo, se me hace muy cuesta arriba creer esas cosas de magia y de herejía que dicen (p. 245).

El narrador deja claro, en este sentido, que la opinión popular procede de la manipulación interesada de quienes sustentan su poder en el miedo y la ignorancia de aquellos a los que mandan. Lemus es un buen ejemplo de cómo se puede utilizar a un colectivo para el engrandecimiento personal. De él afirma el narrador:

Su astucia, además, había sabido aprovecharse de la crédula superstición de los montañeses, pintando a los templarios con los más negros colores y atizando más y más aquel horror secreto con que miraban las artes diabólicas y maravillosas y los ritos impíos a que suponían entregados a los caballeros de la Orden (p. 257).

Los ejércitos templarios, en su conjunto, son contemplados desde el prisma de lo maravilloso por el pueblo. Su destreza militar genera, en este sentido, suspicacias:

Los hombres de armas del Temple, superiores en número, harto mejor armados que sus enemigos y montados además en arrogantes caballos, se mostraron a los ojos de aquellas gentes tan de súbito, que no se les figuró sino que por una de las diabólicas artes que ejercían los caballeros, la tierra los había vomitado y una legión de espíritus malignos venía detrás de ellos en su ayuda (p. 211).

Y tanto su denuedo como su poder y «los misterios mismos de su asociación los escudaban de todo desmán y menosprecio» (pp. 225).

Acaso la aparición más efectistas de las huestes de los Pobres Caballeros sea la que se verifica en el episodio de primer asalto a Cornatel, en el capítulo XXVI. Tras las constantes asociaciones de los templarios con lo diabólico a las que se refieren los personajes y que recoge el narrador, este describe la disposición de las tropas en los muros de la fortaleza como si de una imagen del trasmundo se tratase. La superstición del pueblo se alía con los guerreros y les brinda, a los ojos de los atacantes, un aspecto terrorífico que el lector sabe falso. Mientras la campana del castillo toca a rebato como si doblase por los muertos en el asalto,

[...] los muros y la plataforma se coronaron de caballeros que, cubiertos de acero de pies a cabeza y con el manto blanco a las espaldas y la cruz encarnada al lado, se mostraron como otras tantas visiones del otro mundo a los ojos de aquella espantada muchedumbre. Unos cuantos esclavos negros que desde la plataforma derramaban y esparcían aquel fuego voraz asomaron entonces sus aplastados semblantes de azabache animados por una diabólica sonrisa, y aquellas acobardadas gentes, creyendo que el infierno todo peleaba en su daño, comenzaron a arrojar sus armas, consternados y tomando la huida (p. 270).

También Lemus identifica a la Orden, personificada en Saldaña, con lo infernal, si bien llevado por la ira y el rencor, no por la ignorancia. Por el contrario, el conde sabe muy bien que sus enemigos son mortales aun cuando le interese alimentar en sus huestes el halo de hechicería que les rodea<sup>15</sup>. De ahí que su reacción al enfrentarse al comendador, más propia —ella sí— de un endemoniado que de un caballero de honor, le descalifique y dignifique, por comparación, a los templarios<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Incluso intenta convencer con este tipo de argumentos a Cosme Andrade. Significativas son las palabras con las que el gallego muestra la disidencia con su señor: «En eso habéis de perdonar [...], porque si el diablo los asiste, no se ayudan ellos menos con sus brazos, que a fe que no son de pluma. Y sobre todo, mágicos o no, en sus manos me tuvieron con una porción de los míos, y pudiendo colgarnos al sol para que nos comieran los cuervos, nos dejaron ir en paz y nos regalaron sobre esto» (p. 279).

<sup>16</sup> Al ver a Saldaña que le provoca, en medio de la masacre que están sufriendo sus hombres, el conde se encara con él ferozmente: «—Allá voy, hechicero infernal, ligado con

Las críticas racionales y argumentadas contra la Orden proceden, por el contrario, de la propia órbita templaria. El primero en expresarlas es Rodrigo Yáñez, maestre castellano-leonés y señor de la fortaleza de Ponferrada. Si bien su actitud personal coincide con los preceptos originales de la hermandad, reconoce que la mayoría de sus hermanos ha abandonado los valores fundacionales de la misma. Así, al pensar en el abad de Carracedo como posible mediador en los asuntos amorosos de los protagonistas, el maestre señala:

Su Orden y la mía nacieron en el seno de san Bernardo, y de la santidad de su corazón recibieron sus primeros preceptos. Dichosos tiempos en que seguíamos la bandera del capitán invisible en demanda de un reino que no era de este mundo (pp. 95-96).

Con rotundidad denuncia, asimismo, el orgullo y la soberbia que había conducido a los templarios a perder Jerusalén, a dejar Palestina y a peregrinar por Europa: «rodeados de poderosos que codician nuestros bienes, corrompidas nuestras humildes y modestas costumbres primitivas, el mundo todo se va concitando en daño nuestro» (p. 97). El maestre, que ha conocido la derrota y el exilio tras la salida de San Juan de Acre, encarna el pensamiento lógico y es muy consciente de que se acerca el final del Temple. Frente a él, Álvaro, el héroe romántico, confía en el triunfo de la justicia y en la absolución de los hermanos perseguidos. Este binomio racionalidad/idealismo que encarnan ambos caballeros se mantendrá inalterado a lo largo de la novela<sup>17</sup>.

Una segunda opinión es la que expone en el capítulo IV el abad de Carracedo, al que antes me he referido. En términos generales, ratifica los juicios emitidos por el maestre Rodrigo a propósito de la vanidad, la ambición y la soberbia que habían apartado a los Caballeros de su ideario original<sup>18</sup>. Además, se desmarca abiertamente del poder que en la zona ejerce el Temple y pone como condición para mediar con don Alonso en los amores de su hija y Álvaro que este se aleje de la Orden y deje sin efecto la alianza que con ellos mantiene. Las razones que esgrime son religiosas, en efecto («Nunca estuvo la honra [...] en contribuir a la obra de tinieblas ni en hacer causa común con los inicuos», p. 105), pero sobre todo prácticas: los Caballeros han

---

Satanás— le respondió él con la boca llena de espuma y rechinando los dientes; y dando un furioso empujón, se fue para el templario determinado y ciego» (p. 272).

<sup>17</sup> Frente al idealismo del protagonista, que entrará en la orden en el momento en que se plantea su disolución, las palabras del maestre en el capítulo III plantean una realidad en la que la lucha por el honor se entiende desde la perspectiva del combate final: «Hágase la voluntad de Dios, pero cualquiera que sea el destino reservado a los templarios, morirán como han vivido, fieles al valor y ajenos a toda indigna flaqueza» (p. 98).

<sup>18</sup> Obsérvese el paralelismo de las intervenciones de ambos religiosos. El tono del abad es, como el de Rodrigo, de profundo dolor: «¡Oh vanidad de las grandezas humanas! ¿Por qué han seguido los caminos de la perdición y de la soberbia, desviándose de la senda humilde y segura que les señaló nuestro padre común? Por su desenfreno acabamos de perder Tierra Santa [...]» (p. 106).

caído en desgracia, pronto su poder desaparecerá y no cabe sino alejarse de su inminente ruina «sin volver la vista atrás, como el profeta que salía huyendo de Gomorra» (p. 107).

La reacción de Álvaro ante este planteamiento es, nuevamente, la discrepancia. Para argumentar su juicio el abad no echa mano de la oratoria, como el maestro, sino que apela a la sensibilidad del joven y le conduce a una ventana desde la que ambos contemplan las ruinas del *Bergidum* latino. La mirada consciente y reflexiva sobre los capiteles rotos, las columnas caídas, los muros cubiertos de yedra, los restos de las murallas ocultos por las zarzas... permiten al religioso glosar en clave romántica los tópicos de inanidad que relacionan la caduca gloria imperial de Roma con la no menos percedera del Temple. El pasado —parece deducirse de las palabras del religioso— anticipa el futuro de quienes desoyen las enseñanzas que el paso del tiempo estampa en el paisaje:

Miradlo bien —le dijo el monje—, mirad bien uno de los grandes y muchos sepulcros que encierran los esqueletos de aquel pueblo de gigantes. También su orgullo e injusticia se volvieron contra Dios como vuestros templarios. Id, pues, id como yo he ido en medio del silencio de la noche, y preguntad a aquellas ruinas por la grandeza de sus señores; id, que no dejarán de daros respuesta los silbidos del viento y el aullido del lobo (p. 107).

Esta apelación directa a la sensibilidad del protagonista, lejos de producir el efecto esperado por el abad provoca la reacción airada de Álvaro. El héroe, de nuevo, lo es en mayor medida por la soledad en la que se sitúa vitalmente. Cuestionada su posición y sus alianzas por el pueblo, por el padre de la mujer a la que ama, por el maestro su tío y por el abad en quien confía, su respuesta es la huida hacia adelante. El «Llamé al cielo, y no me oyó» del acto IV del *Don Juan Tenorio* zorrillesco retumba como eco en su despedida del religioso:

— [...] Pero, en suma, padre mío, vos que veis la hidalguía de mis intenciones, ¿no haréis algo por el bien de mi alma y por doña Beatriz, a quien tanto amáis?  
— Nada —contestó el monje—. Yo no contribuiré a consolidar el alcázar de la maldad y del orgullo.  
[...] —Vos sois testigo de que me cerráis todos los caminos de paz. ¡Quiera Dios que no os lo echéis en cara alguna vez! (p. 107).

Incluso durante su reclusión en Tordehumos como prisionero, Juan de Lara reiterará, en dos ocasiones, la misma demanda del abad. Romper la confederación con la Orden, «objeto del odio universal» y volver al apoyo de amigos y aliados naturales (p. 178 y p. 218) se convertiría en el único modo de recuperar la libertad primero y la vida más tarde, cuando se hace pasar a Álvaro por muerto. Una vez más, el protagonista rehúsa el ofrecimiento y, en consecuencias, la amistad de Lara.

Álvaro solo encontrará apoyo efectivo, de obra, en el comendador Gutierre Saldaña, que encarna la otra cara del templario en la novela. Saldaña es el envés maniqueo del maestro, el contrapunto necesario para mostrar, sin que medie juicio de valor por parte del narrador, la inconveniencia en el comportamiento del protagonista. Se le presenta, efectivamente, como un caballero ambicioso, obsesionado por el poder de la orden, vigilante siempre, en perfecta fusión con el paisaje desde su atalaya, como un águila, como «las nubes tormentosas que coronan las montañas, que unas veces se disipan azotadas del viento y otras veces descargan sobre la atemorizada llanura» (p. 139). Su alma, «sombria y tremenda» (p. 140) es la de un visionario que sueña con una Europa entera «convertida en una monarquía regida por el gran maestro [...], animada de una sola voluntad en demanda del Santo Sepulcro» (*ídem*)<sup>19</sup>. Es esta auténtica obsesión templaria la que le lleva a considerar la problemática amorosa de Álvaro en términos políticos. Cuando el joven le muestra, por toda respuesta a la pregunta sobre el porqué de su visita, la carta en que Beatriz le pide ayuda, Saldaña vislumbra el peligro que para la Orden supondría una alianza matrimonial entre los Ossorio y la casa de Lemus y se rebela por el acorralamiento que ello supone antes que por el dolor que esta circunstancia origina en el protagonista. De ahí lo desmesurado de su reacción: no solo se aviene a esconder en Cornatel a la muchacha, sino que alimenta los exaltados ideales en torno a la Orden que Álvaro alberga y que habían intentado serenar tanto Rodrigo Yáñez como el abad de Carracedo. Conmovido hasta el extremo, el señor de Bembibre sella con un apretón de manos una alianza sin contrapartidas con el Temple que condicionará, como he mencionado ya, el desenlace de los hechos<sup>20</sup>.

El narrador, por su parte, jalona las intervenciones de los diferentes personajes con comentarios valorativos que ensalzan las virtudes de los caballeros fieles a las enseñanzas primitivas de Hugo de Paganis: austeridad, severidad, humildad, modestia, las mismas que encarna Rodrigo (pp. 93-94); juzga el comportamiento de Felipe de Francia, de Enrique de Castilla o de don Dinís de Portugal, al que reputa de sabio y discreto por no perseguir al Temple como los anteriores monarcas; interpreta el sentido de los lemas latinos que se leen en los muros del castillo de Ponferrada y la pureza de espíritu que ellos revelan<sup>21</sup>. Además, tras la exposición de los hechos por parte de algún protago-

<sup>19</sup> Este universalismo de la misión templaria forma parte de la tradición literaria asociada a la Orden y puede rastrearse ya en libros de viajes medievales como los ligados a la figura del Preste Juan. Para todo ello, *vid.* Chimenó del Campo (2009).

<sup>20</sup> «Don Álvaro, que tan fácilmente se dejaba subyugar por todas las emociones generosas, apretó fuertemente la mano del anciano y le dijo conmovido: —Dichoso el que pudiera contribuir a la santa obra. No será mi brazo el que os falte» (p. 146).

<sup>21</sup> Son dos los que se citan: el del escudo de la puerta (*Nissi dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*, «Si el Señor no custodia la ciudad en vano vigila quien la custodia») y el de la plaza de armas (*Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos*,

nista de los mismos, toma la palabra en extensos excursos que glosan, para el lector, las vicisitudes históricas a las que se ha aludido previamente en los diálogos.

Así, buena parte del capítulo IV se dedica a informar sobre el nacimiento de la Orden y su periplo hasta el siglo XIV, tanto en la Península como en el resto de Europa, a partir de las doloridas sentencias del maestre Rodrigo en el anterior. El narrador, cervantino en su constante alusión al paciente lector, enjuicia y valora la decadencia templaria desde su propia perspectiva histórica decimonónica, argumentando de modo verosímil y pretendidamente objetivo las causas de la animadversión hacia ella. De este modo, aunque afirma la mayor pureza de costumbres de los Caballeros hispanos en comparación con sus hermanos franceses, también constata la ineludible influencia negativa de estos en Castilla y el auge de otras órdenes propias (Calatrava, Alcántara y Santiago) que habrían mermado el brillo del Temple.

En paralelo, el capítulo XII recoge el excursus en torno a la cuestión política castellana en el tiempo de la historia. El narrador plantea los antecedentes necesarios para comprender el conflicto de Tordehumos, las tensiones entre el infante Juan, la reina María de Molina y su hijo Fernando IV, el papel de Lemus en la querrela y su ambición personal de reducir el poder templario para aumentar el suyo propio, empeño en el que se encuadra su alianza matrimonial con los Ossorio. En medio de este complicado juego de pactos públicos y tácitos, el narrador destaca como solo hecho indiscutible uno que atañe al Temple: «[...] tanto el monarca como los señores del partido de Lara estaban acordes en un punto: el odio a los templarios, y sobre todo el deseo de repartirse sus despojos» (p. 164). Además, como ocurre en todas las intervenciones digresivas del narrador, los datos que en ellas se ofrecen son planteados de forma motivada y verosímil. La finalidad de este recorrido histórico concreto es colocar al protagonista como último eslabón de una cadena de circunstancias que le llevan, en soledad, al encuentro con su propio destino. Es en este momento cuando Álvaro de Bembibre conecta en su persona las diferentes acciones, políticas y personales, que se han planteado hasta entonces. En la raíz de todo ello está el conflicto templario, tal y como expone el narrador:

[...] si las casas de Yáñez y Ossorio llegaban a enlazarse, sus numerosos vasallos montañeses de las fuentes del Boeza y del Burbia cerrarían gran porción de entradas y desfiladeros y harían casi inexpugnable la posición de la orden en aquella comarca. Harto claro veían esto el infante y los suyos, y de ahí nacían las persecuciones del conde [...] (pp. 165-266).

---

«El señor es mi guardián y yo destruiré a mis enemigos»), ambos procedentes del *Salmo CXXVI*. Afirma Picoche (1978: 138) que ambas son posteriores al Temple, posiblemente del siglo XV.

A medida que avanza la acción, las opiniones sobre el Temple emitidas por los personajes (excepto el conde, claro está) confluyen con las que desde el inicio manifiesta el narrador. Así, el señor de Arganza se verá obligado a seguir al de Lemus por los lazos familiares que les unen, pero no por los impulsos de su corazón. Los tres templarios (Rodrigo, Saldaña y Álvaro) impondrán su inocencia por la fuerza de sus actos. También volverá a la amistad con la Orden el abad de Carracedo, que identificará la injusticia histórica de los Caballeros con la personal que sufre el protagonista (pp. 254-255). Incluso los adversarios, como el capitán Cosme Andrade, al servicio de Lemus y del rey, reconocerán la caballerosidad y honor de los guerreros:

No, pues ahora excusa el conde de venir con que son mágicos o no lo son, porque por estrecho pacto que tengan con el diablo, ni el diablo ni él les quitarán de ser caballeros de toda ley. ¡Así quiera Dios darme ocasión de hacer algo por ellos! (p. 208).

En efecto, todos (Alonso, el maestre, el comendador y el capitán) intercederán por don Álvaro en el desenlace para conseguir su exculpación como templario y la nulidad de sus votos.

#### GEOGRAFÍA TEMPLARIA

El protagonismo de don Álvaro templario se asienta espacialmente en las diferentes fortalezas en que discurre la novela. El narrador, desde su presente, da cuenta del estado de las mismas en su tiempo y desde él vuelve la mirada hacia el de la historia para corroborar la grandeza de que las ruinas decimonónicas son indicio.

En este sentido, la descripción del castillo de Ponferrada (capítulo III) se hace desde una perspectiva romántica: su belleza procede de su falta de armonía, el conjunto es atrevido y pintoresco, domina con majestad el paisaje desde su altozano, decora sus interiores con exotismo arábigo, esculpe en sus muros signos misteriosos, infunde terror a los infieles y habla, en su estado actual, del poder y la ambición de sus dueños en un tiempo ya pasado.

La fortaleza de Cornatel (capítulo X) no solo domina el paisaje, sino que se confunde con él. La garganta natural por la que se accede a sus muros, su recortado perfil, los pasadizos disimulados entre peñascos, los empinados senderos, imposibles para otros caballos que los árabes, bien amaestrados de los templarios..., constituyen un modo de expresión natural de ese «misterio temeroso y profundo que cercaba todas las cosas de aquella Orden» (p. 139), todavía perceptible, desde el presente del narrador, en sus ruinas.

Cornatel y Ponferrada son los dos espacios de la derrota templaria. En torno al asedio y ataques al primero de ellos gira la narración en los capítulos XXV a XXVIII. Las tropas del conde y las de los Caballeros se organizan en torno a dos núcleos simbólicos: en las Médulas acampan los de Le-

mus y en los riscos sobre los que se erige la fortaleza los templarios preparan su defensa. El paisaje horadado, que representa el triunfo del tiempo sobre la ambición y sobre los imperios, «cuadro en que la magnificencia de la naturaleza y el poder de los siglos campean sobre las ruinas de la codicia» (p. 260), contrasta en su bullicio con el silencio y las tinieblas que envuelven el castillo y en las que se fragua el astuto plan que permite vencer al enemigo pese a la inferioridad numérica. El ardid de Saldaña para sorprender al Conde y vencerle por la retaguardia tiene que ver con su experiencia templaria en Tierra Santa: «Yo he peleado con los árabes y mamelucos, ¿y queréis que no se alcance algo de estratagemas y de ardidés?» (p. 265).

Por otra parte, el valor de los criados de Álvaro, infiltrados en el campamento enemigo, será fundamental para desbaratar los planes de Lemus. En la narración del combate final la niebla, la sorpresa, la imponente presencia del de Bembibre como un águila en su risco «acechando la llegada de los enemigos» (p. 287), la ferocidad de Saldaña y la muerte del conde, que es arrojado al precipicio por el anciano, confieren carácter casi titánico a los esfuerzos del Temple por huir de su destino. En Lemus venga la Orden la injusticia de que es objeto por parte del rey, de ahí que sea Saldaña, y no don Álvaro, el responsable del ajusticiamiento.

Esta victoria no impide, sin embargo, el desmantelamiento templario. La impresionante mole de la fortaleza de Ponferrada, descrita al principio de la novela a propósito de la llegada a ella de Álvaro, es el punto de encuentro de los Caballeros en el desenlace de la misma. Desde ella salen, para no volver nunca más, camino de Salamanca. El narrador subraya, nuevamente, la dignidad de los guerreros:

Todos iban llegando silenciosos y sombríos, montados en sus soberbios caballos de guerra y seguidos de sus pajes y esclavos africanos, que traían otros palafreñes del diestro. El espectáculo de aquellos guerreros indomables y jurados enemigos de los infieles, que entonces se rendían sin pelear y por sola la fuerza de las circunstancias, era tan doloroso que el abad de Carracedo y don Alonso, que lo presenciaban, apenas podían disimular las lágrimas (p. 308).

## DON ÁLVARO, EL TEMPLARIO

La primera mención a la orden aparecía en el capítulo I, verosíblemente expuesta en la conversación entre los criados de don Alonso y Álvaro a vuelta de la feria de Cacabelos, a la que antes me he referido. En la presentación verbal que se hace de los personajes, los atributos que Millán destaca de su señor son la nobleza, el patrimonio y su alianza con el Temple, de cuyo maestro es sobrino. Sin embargo, tal y como señala el fiel criado del protagonista, más que importar la afinidad de su señor con la orden resulta relevante la bondad de su corazón, demostrada a través de sus actos. De este

modo, la alusión inicial a los templarios sirve para presentar al de Bembibre en una encrucijada vital que se verá confirmada, en todos los ámbitos, a lo largo de la novela: don Álvaro es noble y rico, pero no tanto como el de Lemus para aspirar a la mano de Beatriz; pertenece a la órbita templaria pero no recibe sus beneficios, porque está fuera de la orden, y sí las inquinas populares de las que los Pobres Caballeros de Cristo son objetivo; será un héroe solitario en su lucha contra el propio destino, hijo de sus obras, en definitiva, como buen romántico. Es más: en la batalla política que se dirime en el asedio a Tordehumos, las tropas de Álvaro avanzan por la causa de Fernando IV sin el apoyo de las templarias con las que —él sí— se ha comprometido. La prudente abstención de la Orden en las luchas dinásticas de Castilla es, pues, una muestra más, bien significativa, de la absoluta individualidad del protagonista, que culmina en el enfrentamiento con el rey en el cerco a Cornatel. Su fidelidad al Temple le convierte, pues, en un vasallo rebelde.

La identificación de la suerte del héroe con la suerte templaria, que se sugiere ya en el capítulo primero, se confirma en el segundo. Los lazos que unen al protagonista con la orden no son solo de sangre, sino de destino: tanto don Álvaro como su tío, el maestre Rodrigo, son los últimos representantes de dos castas, de dos modos de vida que llegan a su ocaso en el siglo XIII del tiempo de la historia y en el XIX del referente extraliterario de la novela:

Don Álvaro Yáñez y su tío don Rodrigo, Maestre del Temple en Castilla, eran los dos únicos miembros que quedaban de aquella raza ilustre y numerosa; rama seca y estéril el uno, por su edad y sus votos, y vástago el otro, lleno de savia y lozanía, que prometía larga vida y sazonados frutos (p. 79).

La fusión de lo ficticio con lo empírico se visualiza en el paralelismo que se establece, en el relato, entre el protagonista (que no remite a ningún personaje real concreto) y el maestre, cuyo nombre y casa responden, en efecto, a la del último de la Orden en Castilla y León. Al emparentarles, Gil y Carrasco identifica la suerte del vástago final del señorío de Bembibre con la de la cabeza visible de una sociedad a punto de ser disuelta en un tiempo similar política y socialmente al del propio novelista. Al igual que Fernando IV, Isabel II ha tenido que ser defendida en su trono por una regencia a la que acosan una guerra civil, disturbios sociales y reformas, como la Desamortización, que anuncian el fin de toda una época. Del mismo modo, el enfrentamiento entre Álvaro y los templarios con Lemus representa la oposición entre los grandes ideales y la nobleza de espíritu con el sentido materialista de la sociedad preindustrial emergente<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> Literariamente se acude, para representar esta oposición, al enfrentamiento entre el sol y las tinieblas. El sol es uno de los principales símbolos templarios y aparece representado

Además de todo ello, Álvaro siente hacia el Temple una atracción irracional fruto de su naturaleza impetuosa y de su juventud:

El Temple tenía un imán irresistible para todas las imaginaciones ardientes por su misteriosa organización y por el espíritu vigoroso y compacto que vigorizaba a un tiempo el cuerpo y los miembros de por sí. Tras de aquella hermandad tan poderosa y unida, difícil era, y sobre todo a la inexperiencia de la juventud, divisar más que robustez y fortaleza indestructible, porque en semejante edad nada se cree negado al valor y a la energía de la voluntad (p. 97-98).

La sangre, pues, pero también el instinto, orientan los pasos del protagonista hacia su destino templario en un momento, además, en que el poder de la Orden se tambalea ya de forma inexorable.

La Orden desencadena, en última instancia, una serie de reacciones que originarán el conflicto novelesco. Así, don Alonso, muy crítico con los abusos de poder cometidos por los templarios, entabla amistad personal con don Rodrigo Yáñez en la prehistoria inmediata a la acción y olvida temporalmente sus reticencias, lo que propicia que el maestro exponga la idea de unir la casa de Arganza y la de Bembibre en las personas de sus herederos. Y aunque Ossorio se muestra favorable, teme también que la alianza con el Temple perjudique sus relaciones con la corona, abiertamente hostil a la Orden. Asimismo, la precaria situación de los monjes-guerreros franceses sirve de acicate al Conde de Lemus para afianzar su posición al lado del infante don Juan, aspirante al trono, y le anima no solo a pedir la mano de Beatriz, cuyas posesiones anhela, sino a desbaratar el matrimonio con Álvaro y el refuerzo del poder templario que tal enlace supondría, en detrimento de sus intereses personales. Así, pues, la historia de los caballeros (tanto la real como la novelesca) se confunde con la personal e íntima de los personajes de la narración, la determina, la condiciona y la resuelve:

Al poco tiempo comenzó a formarse en Francia aquella tempestad, en medio de la cual desapareció, por último, la famosa caballería del Temple. Iguales nubarrones asomaron en el horizonte de España, y entonces los temores del señor de Arganza se despertaron con increíble ansiedad, pues harto conocía que don Álvaro era incapaz de abandonar en la desgracia a los que habían sido sus enemigos en la fortuna [...] (p. 82)<sup>23</sup>.

---

(también en las fortalezas de El Bierzo) por una doble esvástica de forma octogonal a la que alude el autor (tanto en la novela como en el *Bosquejo de un viaje* al que antes me he referido) al describir los símbolos que, todavía en su tiempo, podían verse en la puerta del castillo de Poferrada. Así lo atestigua Luengo (1980). A propósito del sentido cabalístico de los símbolos templarios en la novela de E. Gil, *vid.* López Criado (1995) y Roca Moro (2008).

<sup>23</sup> Del mismo modo que el conflicto de don Álvaro viene determinado por su cercanía con los templarios, su conversión en caballero de la Orden originará la resolución dramática de la trama. Desde este punto de vista, no parece desacertado el título (*Templario. El señor de Bembibre*) que se ha escogido para la adaptación cinematográfica de la novela, dirigida por Valentín Carrera.

La histórica batalla de Tordehumos, a finales de 1307, marca en la novela un punto de inflexión en la deriva personal de Álvaro. La caída como prisionero del protagonista coincide en el tiempo con la bula papal que ordena el arresto y enjuiciamiento de todos los templarios europeos (cap. XV)<sup>24</sup>. Millán informa de su muerte a los Ossorio y al abad de Carracedo, al maestre y al comendador el mismo día en que llegan de Francia las terribles noticias sobre el suplicio a que son sometidos los hermanos en ese país, «tras de las cuales veía venir irremediabilmente la ruina de su gloriosa Orden» (cap. XVI, p. 180). El rey Fernando manda prender a todos los Caballeros de Castilla simultáneamente a la entrevista de los dos protagonistas, en la que Álvaro manifiesta a Beatriz su decisión de ingresar como templario al día siguiente:

No nos volveremos a ver, pero detrás de las murallas del Temple me acordaré de vos... [...] Dicen que amenaza a esta milicia inminente destrucción. No lo creo; pero si así fuese, ¿cómo podréis extrañar que yo sepulte las ruinas de mi esperanza bajo estas grandes y soberbias ruinas? (p. 214).

El relato de la profesión de Álvaro en el capítulo XXII, minucioso y demorado, da cuenta de una ceremonia iniciática cuya solemnidad no se resiente de la suspensión declarada por el rey Fernando. Del rito destaca el narrador su nocturnidad y secretismo, las fórmulas y los gestos simbólicos, el estatismo de los asistentes, «que envueltos en sus mantos blancos parecían otros tantos fantasmas lúgubres y silenciosos» (p. 237), el no siempre bien entendido sacrilegio de la cruz, la alternancia de la oscuridad y la luz, los salmos que se entonan, los versículos que se salmodian, los juramentos y los compromisos del neófito.

El evidente empleo de los hechos históricos al servicio del desarrollo argumental de la trama se manifiesta de forma muy clara, precisamente, en las circunstancias que rodean la entrada de Álvaro en la Orden. A la pregunta de Picoche, «¿Por qué ingresa el protagonista en una orden decadente y moribunda?» (1978: 104), que el crítico francés responde aduciendo el carácter quijotesco de don Álvaro y su romántica adopción de una causa perdida, Bergquist ha replicado considerando la influencia que sobre Gil y Carrasco haya podido ejercer la imagen del Temple como una especie de Legión Extranjera medieval en la que venían a parar quienes querían olvidar desengaños y frustraciones: «El Temple, en otras palabras, era la elección obligada de los amantes infelices» (1997: 117). A todo ello cabría añadir una circunstancia más: que la profesión se lleve a cabo cuando el rey ha decretado la suspensión de la Orden, a la espera del juicio en Salamanca, permite un resquicio verosímil para la esperanza, si bien, como suele ser habitual en el romanticismo, esta ilusión de felicidad —que finalmente resultará fallida— no es sino una forma más de suplicio<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> En efecto, la bula se decreta en noviembre de 1307. Para esta y otras cuestiones históricas de la época, *vid.* el panorama general que ofrece González Mínguez (2010: 39-62).

<sup>25</sup> «Mal pudo don Álvaro, de consiguiente, renunciar a su libertad, y su profesión no dudo que será dada por nula», explica el abad de Carracedo a Beatriz, que también concibe esperanzas de que amanecer «un día de claridad y de consuelo» (p. 301 y p. 302, respectivamente).

Solo en otras dos ocasiones la Historia parece aliarse con el protagonista para ofrecerle un mínimo horizonte de felicidad. En el capítulo XXVII, de haberse acelerado el desenlace de los hechos se habría permitido el reencuentro de los amantes antes del deterioro definitivo en la salud de Beatriz. Y es que, tal y como informa el narrador durante el asedio a Cornatel, los templarios aragoneses y portugueses piensan en capitular y el rey Fernando IV insta al de Lemus a buscar una vía que permita la rendición honrosa de los Caballeros castellanos. Sin embargo, el conde, «que en el fondo no desconocía la justicia y prudencia de semejantes reclamaciones» (p. 278), antepone sus ansias personales de venganza a su deber de vasallo y decide no solo desobedecer al rey, sino también desoír las llamadas a la prudencia del señor de Arganza e incluso de Cosme Andrade. La respuesta no es la paz, sino la orden de disponer el definitivo asalto a la fortaleza.

La segunda oportunidad histórica para la esperanza tiene lugar tras la derrota de la Orden. El juicio a que los templarios son sometidos en el Concilio de Salamanca, del que la novela da cuenta en el capítulo XXXII, declara a los Caballeros inocentes de los cargos que se les imputan, a la espera de la ratificación papal que llegará dos años más tarde, en el Concilio de Viena. Ya Feijoo en la carta XXVIII del tomo I sus *Cartas eruditas y curiosas* (1742) se detenía en analizar uno de los aspectos de mayor interés para los escritores ilustrados que abordaban la temática templaria: «si padecieron inocentes o culpados; si la sentencia, que contra ellos se dio, fue justa o injusta» (p. 218). A propósito de la Orden afirma que «apenas hay cosa de algún peso contra la inocencia de aquellos Caballeros, y ocurren razones muy eficaces a favor de ella» (210-211), pero «Muchas veces los Papas, a instancias de los Príncipes, hacen cosas, que no hicieran, si no hubiera tales instancias» (p. 228)<sup>26</sup>. De la misma opinión parece el narrador de *El señor de Bembibre*, que desde el capítulo XXXII va cerrando la acción protagonizada por los templarios: recalca que son sus obras, por encima de la maledicencia popular o las conspiraciones interesadas, las que les salvan del suplicio que sí sufren los hermanos franceses (p. 331); se muestra satisfecho de que quienes les han acusado en falso encuentren «el premio que suelen encontrar los sentimientos bastardos: la aversión y el desprecio» (p. 330); y afirma que, pese a perder todos sus bienes y su poder, los templarios salvaron lo más importante, el honor (p. 331). Esta absolución permite que don Álvaro continúe su lucha personal por Beatriz. Sin embargo, el poder de su casa, firmemente enraizada con el Temple, sigue siendo peligroso para el rey y la resolución de su caso se demora.

<sup>26</sup> La conclusión a que llega Feijoo en esta *Carta* es clara: «Ya se deja entender, que es la justificación que hemos hecho de los templarios aplicable al común de la religión. Entre los particulares, posible es, que hubiese algunos muy malos; y también es creíble, que la malicia de los enemigos de aquella Religión confundiese la iniquidad de algunos con la corrupción de todos» (1742: 228).

Se consigue, por fin la exención de sus votos de pobreza y obediencia. Don Alonso parte a Francia para pedir al papa la nulidad del de castidad. Pero la resolución favorable llegará demasiado tarde. Las desoladas palabras de Beatriz sintetizan la crueldad de un destino que coloca al alcance de los hombres la felicidad para que su pérdida definitiva resulte todavía más desgarradora:

—¡Misericordia divina! —prorrumpió ella con un clamor tan desacompañado que se oyó en las orillas más apartadas y aterró a los circunstantes—. ¡Misericordia divina! —repitió torciéndose las manos—. ¡La esperanza y la ventura ahora que voy a morir! (p. 374).

\*\*\*\*\*

Con el Temple desaparecen las estirpes de los Ossorio y los Yáñez, la casa de Arganza y la de Bembibre. Don Álvaro, el templario, muere con su Orden. Queda el ser humano, tan solo frente a su destino como a lo largo de la novela, pero además sin nombre, sin identidad, anónimo en su vida retirada de anacoreta. La Edad Media mítica que, como afirmaba Stock (1974: 527-547), los románticos reviven literaria y artísticamente para escapar de sí mismos, apenas deja tras de sí, en las ruinas de sus fortalezas, los ecos de unos tiempos de caballeridad y heroísmo que añora la convulsa sociedad decimonónica. De los Pobres Caballeros de Cristo queda, en el presente de Gil y Carrasco, la nostalgia y su paisaje, atemporal y eterno, en el que sí encuentran la paz —algo quizá de paz, al menos— los románticos.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Azorín (1964). *El paisaje de España visto por los españoles*. Madrid: Espasa-Calpe. (1ª ed. 1941).
- Bergquist, I. L. (1997). «Imágenes de los templarios del Siglo de Oro al Romanticismo», *Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*. 7, pp. 151-186.
- Chimeno del Campo, A. B. (2009). *El Preste Juan. Mito y leyenda en la Literatura Infantil y Juvenil Contemporánea*. Frankfurt am Main: Peter Lang.
- Díaz Navarro, E. (2007). «La mirada romántica: el viaje interior de Enrique Gil y Carrasco», *Enlaces*. II, 7.
- Feijoo, B. J. (1742). *Cartas eruditas y curiosas*. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta, a costa de la Real Compañía de Impresores y Libreros. Vol. I.
- Ferreras, J. I. (2010). *La novela en España. Historia, estudios y ensayos. Tomo III. Siglo XIX. Primera parte (1800-1868)*. Madrid: Laberinto.
- García González, J. E. (2005). «Consideraciones sobre la influencia de Walter Scott en la novela histórica española del siglo XIX», *Cauce*. 28, pp. 109-119.
- González Mínguez, C. (2010). «La Corona de Castilla en la época de la disolución de la Orden del Temple», en VV. AA., *El mundo de los castillos. Ponferrada: templarios, peregrinos y señores*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Fundación Siglo para las Artes de Castilla y León, pp. 39-62.

- Gullón, R. (1989). *Cisne sin lago*. León: Diputación de León.
- Lama, M. A. (2009). «Escritura, lectura y soledad en *El señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco», en S. Crespo Matellán et al. (eds.), *Teoría y análisis de los discursos literarios. Estudios en homenaje al profesor Ricardo Senabre Sempere*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 219-226.
- Lomba y Pedraja, J. R. (1915). «Enrique Gil y Carrasco: su vida y su obra literaria», *Revista de Filología Española*. 2, pp. 137-179.
- López Criado, F. (1995). «La poética imaginaria en *El señor de Bembibre*», *España Contemporánea*. 8, 1, pp. 43-68.
- Luengo, J. M. (1890). *El castillo de Ponferrada y los Templarios*. León: Nebrija.
- Mata, C. (1995). «Estructuras y técnicas narrativas de la novela romántica española (1830-1870)», en K. Spang, I. Arellano y C. Mata (eds.), *La novela histórica: teoría y comentarios*. Navarra: Universidad de Navarra, pp. 145-298.
- N. M. (1844). «Estudios históricos. Los Templarios», *Seminario Pintoresco Español*. 54, 25 agosto, p. 276, y 55, 1 septiembre, pp. 266-268.
- O'Byrne Curtis, M. (1990). «La doncella de Arganza: la configuración de la mujer en *El señor de Bembibre*», *Castilla: Estudios de Literatura*. 15, pp. 149-159.
- Picoche, J. L. (1978). *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*. Madrid: Gredos.
- Picoche, J. L., ed. (1986). *El señor de Bembibre*. Madrid: Castalia.
- Ribao Pereira, M. (2002). «La teorización política en el drama romántico español: *Doña María de Molina*, de M. Roca de Togores», en P. Menarini (ed.), *Los románticos teorizan sobre sí mismos. Romanticismo 8*. Bologna: Centro Internacional de Estudios sobre Romanticismo Hispánico-II Capitello del Sole, pp. 179-192.
- Ríos-Font, W. C. (1993). «Encontrados afectos: *El señor de Bembibre* as a Self-Conscious Novel», *Hispanic Review*. 4, pp. 469-482.
- Roca Moro, A. C. (2008). «Espiritualidad y creencia en el señor de Bembibre», en M. Castro López et al. (eds.), *Estudios Literarios: Haz de luz*. A Coruña: Universidade de A Coruña, pp. 45-51.
- Rubio Cremades, E., ed. (1986). *El señor de Bembibre*. Madrid: Cátedra.
- Rubio Cremades, E. (2008). «La paz y la guerra en *El señor de Bembibre*, de E. Gil y Carrasco», *España Contemporánea*. XXI, 2, pp. 39-52.
- Rubio Cremades, E. (2011). «El estudio del paisaje y su incorporación a la novela histórica: *El Señor de Bembibre*, de Enrique Gil y Carrasco», en D. Thion Soriano-Mollá (ed.), *La naturaleza en la Literatura Española*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, pp. 89-100.
- Samuels, D. G. (1939). *Enrique Gil y Carrasco: A Study in Spanish Romanticism*. Nueva York: Instituto de las Españas.
- Sebold, R. P. (1978). *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*. Madrid: Gredos.
- Sebold, R. P. (1996). «Tuberculosis y misticismo en *El señor de Bembibre*», *Hispanic Review*. 1, pp. 237-257.
- Stock, B. (1974). «The Middle Age as Subject and Object: Romantic Attitudes and Academic Medievalism», *New Literary History: A Journal of Theory and Interpretation*, pp. 527-547.
- Torres Bitter, B. (2002). «*El señor de Bembibre*. Una novela original en el romanticismo español», *Analecta Malacitana*. XXV, 1, pp. 23-40.
- Vega Sánchez, I. (1991). «El paisaje del Bierzo en *El señor de Bembibre*», *Estudios Bercianos*. 14, pp. 108-117.
- VV. AA. (2010). *El mundo de los castillos. Ponferrada: templarios, peregrinos y señores*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Fundación Siglo para las Artes de Castilla y León.

- Youngahl, S. D. (2005). «El paisaje y la naturaleza en *El señor de Bembibre*», *Ojancaro*. 27, pp. 93-101.
- Zellers, G. (1931). «Influencia de Walter Scott en España», *Revista de Filología Española*. 18, pp. 149-162.

Fecha de recepción: 30 de septiembre de 2011

Fecha de aceptación: 16 de diciembre de 2011